

Resignémonos

Al manchego ya le pueden caer chuzos que no menea el esqueleto. Aquí le roban a uno la conciencia y la mujer y se queda tieso, o el mañana proveerá, descalabros del sino, vaya. Si le sale al paisano el hijo gilipollas o la muchacha zorrilla un poquitín, es que tenía que ser así, para qué se te van a desesperar los modos, corazón. La Mancha es tierra resignada. Torcida suerte el mal o por algo será que te han violado la esperanza, y no te quejes que es peor. La Mancha cuando se queja es que ya no puede más, le han dado ya todos los puntapiés en el cielo de la boca, o te lo merecerías, pues claro. Estaría escrito. El manchego cruza su desolada geografía con los ojos de puntillas, medroso el pensar, desorientada la imaginación, azarados los caminos, o qué vas a explicarle al amo, si él, aunque se acueste con tu chica la más chica, tiene eternamente la razón, y uno se merece ser un desgraciado, un vaina. Aquí, ya está dicho, se vocea, pero no se exige, y las voces no son de huelga sino por puro gusto no más, que si no crea telarañas en la garganta el personal, y eso tampoco es; o al miedo y a la desesperación tiene uno que asustarlos en casa, en las viñas, en la taberna o en la cama con la parienta, su misa y sumisa, cállate la boca, zorra, y déjate tenturrear, lujo este único de los pobres, vas a enterrarte tú de quién manda aquí.

Después está esa cosa tan terrible de las palabras en hilera, seguidas, juntas, unas detrás de otras todas. Al manchego le hacen estornudar las explicaciones. Se le convierten en una pelota de trapo en la puerta de la boca las frases; qué difícil, madre, pedir lo que es de uno, defenderse. La resignación manchega tiene mucho de ancestral cosquilleo en el estómago, pan con lágrimas, amor, o los pobres no tienen verdades, y los discursos son del juez, del boticario, del amo y del señor cura, que han estudiado, no de nosotros, cuestiones de nacimiento. El manchego es atávicamente resignado por timidez. La timidez engendró aquí a la resignación, y la resignación el sufrimiento, oh, pecador, centro de tierras, tierra en la que se te ven los sesos; o dime, compadre, con qué hojas de parra vas a ocultar tus vergüenzas, anchura al vaso vino, sin árbol acá del bien y del mal, exiliado del paraíso antes de que éste se inventase.

Acá hay que conformarse siempre,

callar la boca. Resignarse y presignarse. Presignar, para los manchegos, es poner en cruz la existencia, llevar sobre la espalda el camposanto, irse muriendo un poco menos cada día, o los entierros apenas si dan para muchos llantos, hijo. Cosas de Dios, ¿sabes?, ley de vida, y a esta hora sí que existe la democracia, mas hasta hoy mismo en la familia las exequias fueron de tercera, que siempre llegamos tarde a todo lo bueno, vaya.

En la Mancha, que no cree excesivamente en la otra vida, se tiene demasiada fe en los funerales. Al resignado le sienta muy bien el ataúd, y éste, para mayor honra, en pudiendo o no ha de ser de los más lujosos. El resignado disfruta de lo lindo con todo lo fúnebre. Llevando como lleva en los entresijos cansinos de su ser, tan requetemal tasada la medida de lo festivo, cuando el campanario de la villa se decide, ahí es nada, consuegro, a doblar a difuntos, el resignado nota un hondo hormigueo placentero por el cogote; o el catafalco es un alucinante espectáculo, un modo esplendoroso de darse importancia los propios apellidos, siete dobles, siete candelabros, siete sacristanes, siete reverendos, siete besos a cada uno de los dolientes. El resignado sólo besa en los entierros. Y ese día la parroquia entera le pertenece en propiedad. En los pueblos resignados la tarde en que hay tres o cuatro funerales el personal se diría que está en ferias. Todo el mundo se viste de majo, se echa, feliz a la calle y vacinea que es un encanto. Y cuando el cura termina aquello, tan precioso, de "el coro de los ángeles te conduzca al regazo de Abrahám...", zás, tal de si el primer chupinazo se tratara, se arma en la iglesia un guirigay de voces sobre voces que crece y se agiganta hasta resonancias inauditas que te pone, paisano, tan contento el corazón, tan emocionado el entrecejo, tan dulzón el saboreo.

El resignado manchego tiene domesticada a la muerte, no a la vida. No acierta a vivir. Lo acepta todo por eso, sin más ni más, y no rechista, qué va, tan modoso como es, tan humilde como se presenta, qué remedio, o la pena, negra y parsimoniosa, no hace más que guiñarte el ojo.

Para el resignado no existe ni la buena ni la mala suerte, sino la pena. En la Mancha la pena es el pan nuestro de cada día. Una pena densa y



opaca, inevitable y permanente, casi obsesiva, y que te posee, compadre, el esqueleto entero, te va chupando poco a poco el relente del alma. Las pocas veces que acá se divierte el personal o tiene algo de respiro, dirá, como quien reza y hasta se excusa: "ay, qué pena, lo bien que lo pasa uno". Y es que el resignado parece como si no se fiase nunca de lo que agrada o provoca contentamiento. Lo suyo, su herencia, es la pena. La alegría es heterodoxa. No es buena. Y, naturalmente, siempre es preferible lo malo conocido, que lo bueno por conocer.

Decididamente, en la Mancha lo festivo da mucha grima, o en el divino reparto de los dones aquí nos tocó el mal de ojo, la mala pata y la granizada entera en las viñas; y a callerte, corazón. Ah, y nisiquiera llores. A los manchegos el lagrimal se les secó hace siglos como un rastrojo inútil, filoxera de la médula, la langosta en las propias cepas del ánimo; o si se te va la mujer con el vecino por algo será; o si el gobierno te empapela, o el alguacil equivocó el número de tu casa, aguántate, hombre; no muevas un dedo, le arreas un soplamos al chico y te quedas tan pancho, venga. Esta, ya se sabe, es tierra mal persignada o sólo se divierte uno en los entierros. Recuérdese, si no, a aquel que, habiendo matado a su mujer por celos, luego, cada año, le llevaba flores al cementerio, y le pedía perdón, entre lágrimas, por haberse liquidado también al querido. Estaba escrito que tenía que ser así. Resignémonos.

Valentín ARTEAGA